

LOS MINISTROS DE CARLOS IV FRENTE A LA REVOLUCION FRANCESA

por MIGUEL ALONSO BAQUER
Capitán de Infantería, diplomado de Estado Mayor
Doctor en Historia

A lo largo del reinado de Carlos III, España creyó haber consolidado sus instituciones, sus fuerzas armadas y su política internacional de acuerdo con una doctrina que a todos pareció moderna y coherente. Pero bastará la muerte del rey para que el panorama se complique y el futuro se torne amenazador.

La muerte del rey, vista desde el Ejército y la Marina, no introduce alteración alguna de sus responsabilidades de defensa de la integridad del territorio metropolitano y colonial.

La Revolución francesa destrozará el equilibrio estratégico de los Pactos de familia. El problema militar peninsular se agigantará hasta hacer decaer los ánimos de hombres tan enérgicos como el conde de Aranda. ¿Quién defenderá las Indias de los ataques de la Marina inglesa? ¿Quién será capaz de lograr la transformación de la frontera portuguesa —neutralizada desde hace más de un siglo por la alianza de Portugal con Inglaterra y de España con Francia— en zona de tensión militar? ¿Quién convertirá el Pirineo en rampa de lanzamiento contra la Francia revolucionaria? Carlos IV contestó: Godoy. Muy pocos protestaron.

El Ejército, más aún que la Marina, fue víctima de estas anchas responsabilidades. Se verá forzado a penetrar pueblo por pueblo en busca de soldados, sin saber a ciencia cierta a cuál de las potencias vecinas deberá considerar amiga o enemiga. De esta particular situación arranca la presencia del Ejército español en nuestra historia contemporánea. Porque Ejército y pueblo serán al momento conscientes de la necesidad de identificarse para salir del desconcierto.

Lo grave no será, sin embargo, la coyuntura, sino aquella inicial decisión de Carlos IV, tolerada por la sociedad española.

Porque España, imprudentemente, decidió entregar las riendas del poder y el mando del Ejército a un joven guardia de Corps sin formación militar, precisamente con el encargo de resolver las dificultades por la vía del más disparatado intervencionismo. Y tuvo que ser el propio Godoy quien primero captara la equivocación de todos.

¿Podrían Aranda, el viejo militar, o Floridablanca, el veterano diplomático, oponerse al rey y a su pueblo? En su honor hay que decir que lo intentaron hasta incurrir en la ira regia; pero en su contra hay que añadir que los antecedentes de uno y otro, del militar y del abogado, les hacían prácticamente inoperantes en la conciencia creyente y monárquica del pueblo español de 1792.

La decisión estaba tomada mucho antes de que apareciera Godoy. La España de Carlos IV recogía lo que había sembrado la España de Carlos III. Con Godoy y sin Godoy, Ejército y pueblo hubieran ido a la guerra contra la Revolución por encima de las resistencias de la élite intelectual enciclopedista y de la aristocracia.

Repetimos que de esta situación arranca la presencia del Ejército en la vida política española contemporánea.

1. FLORIDABLANCA.—UNA POLÍTICA DE DEFENSA

El reinado de Carlos IV se extiende entre la muerte de Carlos III (1788) y el motín de Aranjuez (marzo de 1808). En estos veinte años, tres Ministros, Floridablanca, Aranda y Godoy, intentan, sucesivamente, restaurar la confianza del pueblo en sus gobernantes, según tres líneas políticas de imposible conciliación. Floridablanca lucha por defender a España de la ideología revolucionaria francesa con medidas aislacionistas. Aranda desconfía de la eficacia de nuestras fuerzas armadas y lo espera todo de la negociación. Godoy, mucho más joven que sus dos rivales, cree en el vigor de nuestras armas y se lanza a intervenir en todas las cuestiones internacionales.

La subida al trono de Carlos IV coincide casi totalmente con el estallido de la Revolución Francesa. El testamento político de Carlos III, seguramente redactado por Floridablanca con la finalidad de garantizar su permanencia al frente del Gobierno, quedó explícito en la Instrucción Reservada para la creación de la Junta de Estado

(1787). En ella no hay una sola premonición sobre el terrible cambio que va a operarse en Francia. En lo internacional y en lo militar, la Instrucción Reservada significaba una reiteración de la política pacifista de Carvajal (1).

En lo interior, Floridablanca optaba decididamente por disminuir la influencia de los Consejos en las decisiones del monarca. La Junta de Estado era un equipo ministerial eminentemente ejecutivo que tendía a no someterse al largo trámite de dictámenes del Consejo de Castilla, del Consejo de Hacienda, del Consejo de Guerra y Marina, del Consejo de Indias, etc.

El Conde de Aranda descubrió en el programa de gobierno de Floridablanca una amenaza de ruina para la aristocracia que él representaba, y una merma de la autonomía de las instituciones militares. Pero el Conde de Aranda había perdido el apoyo de Carlos III. Era hombre de decisiones rápidas, más amigo de derribar obstáculos que de socavarlos pacientemente. Aranda contaba con que la muerte de Carlos III iría inmediatamente seguida de su llamamiento para sustituir a Floridablanca. Hubo de esperar más de dos años y sólo dispuso de nueve meses.

Carlos III había considerado a Floridablanca y a Aranda como las dos piezas de un turno de partidos, el de los Juristas y el de los Generales.

Carlos III era el responsable, por su apego a los Pactos de Familia, de la ruptura de la política de equilibrio entre Francia e Inglaterra, que con suma habilidad practicaron Carvajal y Ensenada, los ministros de Fernando VI. Floridablanca quería volver al equilibrio. Aranda quería sacar el máximo provecho de la alianza con Francia.

«Ensenada era partidario de una «paz armada»; Carvajal, de una «paz astuta», basada en la diplomacia, pero tendentes ambas a un mismo fin —la conservación de las Indias— por un mismo procedimiento, el equilibrio» (Comellas, pág. 323 de la obra citada).

«La anglofilia de Carvajal era simple cuestión de procedimiento. No estaba de acuerdo con la tesis de Ensenada de que la amistad entre Francia, potencia terrestre, y España, potencia naval, se complementaban adecuadamente. ¿De qué podría servirnos el Ejército en una guerra por el dominio de los mares? Equiparar nuestra Escuadra

(1) *Historia de España moderna y contemporánea*. Comellas. Rialp. Madrid, 1967.

a la británica era empresa difícil y costosa, aparte de que no había Flota en el mundo capaz de guardar toda la inmensa fachada de nuestras Indias. Lo mejor, para Carvajal, era procurar la amistad de los ingleses, una amistad de conveniencia, desde luego, pero leal» (Comellas).

Ensenada creía que no había ninguna forma mejor de proteger las Indias que una gran Flota y un buen Ejército. «Al frente de los ministerios de Guerra y Marina, creaba nuevos regimientos y cuidaba la perfecta instrucción de las tropas... Mayor preocupación tuvo aún por el programa naval».

Murió Carvajal. Ensenada acentuó su tendencia profrancesa. Carlos III no saldría ya de una política militar hostil a Inglaterra en todos los mares. Gibraltar era la espina.

Vicéns Vives, Comellas, Corona Baratech, Federico Suárez, Seco Serrano, Miguel Artola y cuantos historiadores de hoy se han ocupado de la crisis política del Antiguo Régimen, están de acuerdo en afirmar que cualquier gobernante, entre los que podía elegir Carlos IV, hubiera caído arrastrado por las consecuencias del cambio político revolucionario francés. Carlos IV acertó en prescindir pronto de Floridablanca y de Aranda.

Los dos estaban reconocidos, sobre todo por la parte que tuvieron en la expulsión de los jesuitas, como destacados enciclopedistas.

Aranda, en vida de Carlos III, clamaba por el intervencionalismo. Floridablanca pasó, ante el hecho revolucionario, desde su tesis de neutralidad armada, pero pacifista, a una política de defensa integral, mientras el antiguo intervencionista se transformaba en defensor a ultranza de la neutralidad. Tanto Carlos IV como el pueblo español tenían motivos para prescindir de ambos.

Para Carlos IV, que ve a su primo Luis XVI al borde de la guillotina, no son históricamente viables ni la «paz astuta» de Carvajal, ni la «paz armada» de Ensenada. La Revolución Francesa se presenta con una hostilidad mayúscula contra los sentimientos monárquicos y religiosos de los españoles. Carlos IV —como los demás monarcas europeos y como la mayor parte de sus pueblos— sólo ve una solución: la guerra. Necesitaba tropezar con un hombre dispuesto a dirigirla. Ese hombre era Godoy, que unía a su atrevida vocación guerrera el programa reformista de Jovellanos.

La anglofilia de Jovellanos favorecía indirectamente la subida de Godoy al poder, porque anulaba al enciclopedista Aranda.

Para el entendimiento cabal de lo que estos cambios de estra...

tegia van a suponer en la historia institucional del Ejército de Tierra de España es necesario penetrar en los motivos profundos de la enemistad de Aranda y Floridablanca.

Una primera ocasión para la disputa se dio frente al proyecto de 1783 de conquistar Gibraltar. Aranda desprecia el valor militar del Peñón y deriva hacia la Armada el deber de restituirlo a la soberanía de Carlos III.

«Cuando tengamos buenas Escuadras, podremos ser dueños del Estrecho; éste es el único medio que hay de apoderarse de Gibraltar.» Floridablanca pretendía la repetición del ataque por tierra (2).

Aranda estaba muy orgulloso de su éxito como recopilador de las Ordenanzas Militares y de su propósito de refundir en uno sólo los Cuerpos de Artillería y de Ingenieros. No tenía la menor fe ni en la Infantería ni en la Caballería española. Conforme entraba en la ancianidad crecía su desconfianza.

Floridablanca había defendido desde 1770 la necesidad de aumentar la Infantería. No se trataba de un verdadero afecto al tradicional espíritu militar de los españoles, sino de una norma de economía. En este año de 1770, Floridablanca y Campomanes eran fiscales del Consejo de Castilla, cuya presidencia ostentaba Aranda. Los tres fueron convocados por Carlos III a un Junta mixta de generales y políticos, que tenía por misión la de aportar un conocimiento exacto del estado en que se hallaba el Ejército. A Aranda no le gustó que también en los negocios militares tuvieran voz y voto los «golillas», como despectivamente llamaba a los magistrados y a los economistas (3).

La política militar de Floridablanca tenía una sola base —el reclutamiento—; Corona Baratech no nos dice si este principio era compartido por los militares ilustrados (4). Por lo que sabemos de las biografías de Ricardos, de Mazarredo, de Alcalá Galiano, de Urrutia, del Conde de la Unión, del Marqués de la Romana, y de Blake, había en ellos una honda preocupación por la instrucción técnica del combatiente y de los mandos. Un historiador contemporáneo a los hechos, que se mostraba de acuerdo con la doctrina básica de Floridablanca, Muriel, no señala ningún factor de progreso técnico militar en las intenciones del Primer Ministro.

(2) *Historia de Carlos IV*. Muriel. Biblioteca de Autores Españoles.

(3) *Obras originales del Conde de Floridablanca y escritos referentes a su persona*. Colección hecha e ilustrada por D. Antonio Ferrer del Río. Madrid, 1847.

(4) *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*. Corona Baratech. B. P. A. Madrid, 1957.

«Para completar el Ejército era necesario echar mano a otros vasallos que no fueran soldados, para lo cual era necesidad indispensable saber la población de las ciudades, el número de personal apto para el servicio, el modo de hacer la quinta sin vejaciones, los recursos que había para cubrir los gastos... Para salir de este mal paso fueron completados los regimientos de línea con las milicias provinciales, concediendo una rebaja en los años de servicio y algunas otras exenciones a los que salían de los Cuerpos provinciales» (Muriel, obra citada).

No hay sombra de modernización en la política militar de Floridablanca. Trata, simplemente, de proteger sus reformas interiores, mal acogidas, con la acción de unas fuerzas militares obedientes al Gobierno. Le preocupan los desórdenes de las ciudades de ultramar y de las provincias separadas de la Corte. No hay política militar propiamente dicha frente al enemigo exterior, sino orden público.

En la Instrucción Reservada para la creación de la Junta de Estado no tiene prevista Floridablanca la defensa militar de las fronteras de la metrópoli, a pesar de que afirma: «El mejorar mis tropas, su disciplina y calidad, el mantenerlas y aumentarlas, cuando sea necesario, con economía y proporción a las fuerzas del Estado y el sostener, adelantar y perfeccionar los ramos de fortificación y artillería y sus Cuerpos facultativos, son los objetos principales internos del Departamento de Guerra». No piensa tener sobre la metrópoli nada que se parezca a un Ejército profesional. «Fortaleciendo, pues, la disciplina de las milicias y aumentándolas..., puede quedar libre la mayor parte del Ejército y su Infantería para las expediciones ultramarinas». «Las milicias, cuerpos fijos de América, son útiles contra las invasiones enemigas, pero no lo son tanto para mantener el buen orden interno...; importa tener siempre tropa veterana en los puntos principales de América, pasándola con la frecuencia posible de unos territorios a otros».

Floridablanca, desde esta perspectiva de 1787, no se sentirá en 1792 capaz de decretar la intervención sobre el territorio francés de nuestras tropas para liberar a Luis XVI, como deseaba Carlos IV. La oportunidad de volver al poder le llegará en 1808 con la presidencia de la Junta Central, constituida para coordinar la resistencia contra los ejércitos de Napoleón. Pero, entonces, Floridablanca, al borde del sepulcro, obedece a Jovellanos y a los sentimientos populares mucho más que a su formación ideológica.

En la política militar de Floridablanca hay una visible prevención

contra la Armada y contra sus sistemas de ascensos. Floridablanca encuentra que la ordenación de los regimientos es más correcta que la de los buques de guerra y se propone considerar a éstos, para todos los efectos, como cualquier otro Cuerpo militar. También hay prevención contra la Caballería. Como buen pacifista, propugna por el empleo de las tropas en trabajos públicos y por el aumento de los Cuerpos extranjeros, «pues excusa que nos valgamos de muchos vasallos empleados en la agricultura y oficios». Como buen ilustrado se preocupa por el arreglo del número de Generales, «pues podría producir algún ahorro aplicable al aumento de infantería veterana» y por el adelanto en la táctica de todos los Cuerpos, «más que en otros, en los facultativos».

La política militar de Floridablanca se inscribe en el marco de una política internacional pacifista y desconfiada: «que la Francia no nos arrastre en sus guerras», «no conviene a España la ruina total de la Inglaterra», «podría ajustarse que nos cedieran a Gibraltar por dinero», «la amistad con Portugal no se ha de convertir en alianza; como aliado sería muy gravoso; conviene hacer matrimonios recíprocos», «deberíamos pensar en adquirir la costa de Africa», «la Compañía de Filipinas ha de ser compañía de comercio y no de dominaciones y conquistas».

Todos estos postulados no estaban sincronizados ni con la situación estratégica internacional consiguiente a la Revolución francesa, ni con las verdaderas intenciones expansionistas de las grandes potencias europeas de finales del siglo XVIII. Cuando Floridablanca comprendió que su meditado programa político no tenía la más mínima posibilidad de éxito, saltó de la neutralidad pacifista a la defensiva a ultranza. Ordenó el desplazamiento de las tropas a las proximidades de la frontera y movió los buques de guerra con evidente indecisión. En sus nuevos propósitos no encontró el menor apoyo de los mandos militares y marinos, a los que había tantas veces contrariado.

La caída de Floridablanca era inevitable. Fue procesado y recluido en la ciudadela de Pamplona. No lo derribó Godoy, sino Aranda, «el caudillo de la juventud nobiliaria», en este punto apoyado por el clero, y del que cabía esperar una solución militar al conflicto. Pero el anciano general era ya otro hombre después de su larga permanencia en la Embajada de España en París. No quería la guerra, sino la negociación con los revolucionarios; Carlos IV no se lo perdonaría. El Ejército sufriría análogo desengaño. No sería el último.

2. ARANDA.—LA POSIBILIDAD DE LA NEUTRALIDAD ARMADA

Entre el conde de Aranda, Ministro de Carlos III, y el conde de Aranda que gobierna los nueve meses que transcurren desde la prisión de Floridablanca hasta el ascenso a Primer Ministro de Godoy, hay una esencial diferencia. Aranda, junto a Carlos III, representó la autoridad y el intervencionismo. A él se debe el mayor impulso para la refundición de las Ordenanzas Militares tan impregnadas de tradición militar española como de esencias importadas de la Prusia de Federico.

Pero Aranda junto a Carlos IV, va a representar la neutralidad y la moderación.

El profesor Carlos Seco Serrano, al editar la *Historia de Carlos IV*, de Andrés Muriel, ha señalado el cambio de actitud del militar ordenancista en un estudio preliminar expresivo y penetrante.

«No cabe duda que va mucha distancia del criterio ilustrado de Floridablanca —tan tradicionalista en el fondo, que le veremos ponerse en guardia frente al proceso revolucionario francés desde la primera hora— al de Aranda, monárquico, sin duda, pero simpatizante más o menos velado con los hombres de la Asamblea Constituyente, defendiendo su antagonismo respecto a Floridablanca en sus planes apaciguadores pacifistas filofranceses».

Muriel cree, sin fundamento, que «para debilitar el influjo de Floridablanca, los militares se valieron del favorito Godoy. Era este joven, militar sólo de nombre, pues servía en el Cuerpo de Guardias de Corps, falange pacífica y de pura ostentación por entonces». Muriel, clérigo deísta, afrancesado, ingenuamente masón, estaba tan incapacitado para captar la verdadera causa de la crisis de Floridablanca, como después la de Aranda, su admirado protector.

«En el servicio de una misma idea —la salvación de la Monarquía francesa—, Carlos IV utilizará ahora el criterio conciliador del jefe del partido aragonés» (Seco). Para Carlos IV, una vez destronado Luis XVI, no tiene sentido la política de defensa de Floridablanca. Con ella no ve la menor posibilidad de salvar a su primo. Al elegir al conde de Aranda, Carlos IV confía en dos nuevas posibilidades. El ánimo pacífico del rey, piensa, inicialmente, en la negociación con los revolucionarios. Pero, si ésta falla, Carlos IV declarará la guerra a los franceses. Carlos IV confía en que el temperamento

de Aranda le hará pasar, en el momento preciso, si necesario fuera, de la primera a la segunda posibilidad.

Pero Aranda no se brindó ni a presionar a Francia ni a guerrear con ella. Su política militar tomará un nuevo camino —la neutralidad armada—, en cuyo intento habría de quedarse sólo. Ni el rey, ni los generales, ni el pueblo español, estaban dispuestos a contemplar impasibles la muerte de Luis XVI y la consolidación de la ideología revolucionaria en el país vecino.

El rey se equivocó con Aranda. No supo valorar en todo su peso lo que en la conciencia del general español había supuesto su larga permanencia como embajador en París. Aranda se había dado cuenta de la energía desatada por la Revolución, lo que equivale a decir que había dejado de creer en la mecánica gubernativa del Antiguo Régimen.

El 22 de abril de 1781, Aranda, reinando Carlos III, recibió en París una carta del futuro Carlos IV en la que éste le pedía consejo para reformar la Monarquía española, ya que consideraba inmediata su subida al Trono. Aranda contestó con un Plan de Gobierno, del que era pieza maestra el Consejo de Estado, enfrenador, tanto del poder real como del poder ministerial. Aranda, que espera suceder a Floridablanca y que conoce la debilidad del príncipe Carlos, habla de la necesidad de un «ministro confidente», que signifique lo mismo que los antiguos cancilleres de la Corona de Castilla y que los modernos cancilleres del gobierno absoluto de la Federación de Prusia y del gobierno autocrático de los césares moscovitas. Sólo de esta forma podrá el rey de España conservar su autoridad sobre el conjunto de los ministros. Si no se toma esta precaución, el primero de los ministros acabará siendo un dictador.

No eran éstas las ideas de Aranda en febrero de 1792, cuando por fin sucede a Floridablanca. «Desde que me restituí de la Embajada de Francia —dirá el conde— (Representación a los reyes desde el destierro en 1794, ya caído en desgracia, para justificar su gobierno), es bien notoria mi vida retirada hasta la separación del conde de Floridablanca. Suplíqueles dos cosas: que no fuere el despacho en propiedad, sino como servicio interino, a fin de no privarme de la carrera militar, si se ofreciese algún ruido de armas; la otra, el restablecimiento del Consejo de Estado, para mayor acierto en los asuntos graves de la Monarquía, acordándome Vuestras Magestades ambos ruegos». Aranda quiere aliviar su responsabilidad en las instituciones. No se considera imprescindible como político. No quiere ser canciller.

Aranda amenaza con replegarse a su carrera militar al menor asomo de ruido de armas, porque se resiste a la política de hostilidad que Carlos IV quiere y porque tampoco está dispuesto a hacer la guerra a la Revolución.

Sobre este punto, Godoy se expresa en sus Memorias con evidente lucidez (5):

«Encendido ya el fuego, concentrado en la Francia y amenazando a todos lados, ¿qué contará la Historia acerca de la España en tal conflicto? Contará que el ministro español, conde de Floridablanca, que aún tenía las riendas del Gobierno, se quedó estupefacto, como el químico mal diestro a quien se vuelan sus hornillos y sus mixtos: que el terror y la torpeza se apoderaron de su espíritu, que ni su diplomacia topó con algún medio de cohibir en tiempo hábil las llamas del incendio, ni acertó a negociar, ni se atrevió a mover las armas y promover en tal peligro un armamento conveniente: que el peligro aumentaba por días y por instantes y la inercia y el pasmo reinaba en los consejos del atribulado ministro sin querer la paz ni osar la guerra».

Lo dice Godoy de Floridablanca, calificándole de atribulado ministro. Cuando lo dijo igualmente de Aranda, Godoy omitirá la comprensión que tuvo para el magistrado. La vocación guerrera del futuro Príncipe de la Paz hará doblemente injustificables las reservas del militar Aranda para entrar en guerra.

«A un ministro perfecto y tímido hasta el exceso le sucedió un anciano, por el otro extremo, que de nada se alarmaba. Uno y otro le causaron espanto al rey; el primero por indeciso, el segundo por confiado».

El intervencionista Godoy acusa los daños irreparables de la política militar de sus antecesores. «Nuestras fuerzas de tierra, a mediados de 1792, iban poco más allá de treinta y seis mil hombres de todas Armas, en servicio activo; la Caballería, casi toda desmontada; mal provistos los arsenales; nuestras fábricas militares en la mayor penuria, y el servicio militar, casi a todo en falta, salvo la Marina, a la cual el temor de la Inglaterra obligaba a consagrar los esfuerzos que el estado del Erario hacía posible. En medio siglo no se ofrecieron a la España sino operaciones parciales de milicia... La guerra

(5) *Memorias del Príncipe de la Paz*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1965.



Detalle del retrato ecuestre de Carlos IV, pintado por Goya en 1799. Museo del Prado, Madrid.



EL EXMO SOR CONDE DE FLORIDABLANCA
PRIMER SECRETARIO DE ESTADO.

Epistola in summa fortuna auspiciis, et consiliis quam telus, et manus geruntur.

Grabado del Conde de Floridablanca, que se halla en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, Madrid.

en grande no tuvo escuela en tanto tiempo... Se había hecho caminar a la frontera algunos regimientos, muchos de ellos en cuadro: se figuró un cordón en los puntos más expuestos que ofrecían los Pirineos y se añadió algunas fuerzas a las plazas fronterizas. Todo el gran cuidado de los dos últimos ministros que me precedieron fue ocultar a la nación el estado de la Francia».

Godoy expresaba así, dolorido, los resultados de la política militar de Floridablanca. Realmente Aranda no tuvo tiempo para materializar la suya. El 7 de septiembre de 1792, muy poco antes de su cese, informa Aranda a Carlos IV sobre el modo «teóricamente válido» de combatir a los franceses. Habla de la necesidad de una acometida activa y rápida —con fuerzas respetables—, sobre todo por dispensarse los gastos considerables que trae consigo la guerra cuando es larga. Apunta dos entradas en Francia, por el Rosellón y por Guipúzcoa. Insiste en la conveniencia de dar a los preparativos aspecto de simple ejercicio de tropa «para que se disimule de algún modo el verdadero fin». Debe tratarse sin opresión a los franceses que hay en España. No se deben publicar los nombres de los oficiales generales ni del Estado Mayor del Ejército, hasta el tiempo preciso para reunirlos.

Seco Serrano ha puesto al descubierto la finalidad demoratoria de este programa. Aranda trabajaba con el mayor ahinco en ajustar un tratado de neutralidad entre las dos naciones. Desde febrero venía afirmando: «Las ventajas de la neutralidad son evidentes para España. La Francia y la Inglaterra se enflaquecerían con la guerra.»

«La neutralidad armada no sólo es conveniente con respecto a la contienda de España, sino que nos conviene también para nuestros Estados de América.» «Nosotros tenemos que atender indispensablemente a la conservación de nuestra propia casa.»

Aranda critica el movimiento descarado de tropas hacia el Pirineo que había ordenado Floridablanca. «Sin haber acercado tropas a la frontera, ¿quién nos hubiera impedido completar los regimientos, adiestrarlos, preparar municiones y estar prontos para cuando llegase la ocasión de un rompimiento?»

Pero esto último tampoco refleja el verdadero estado de ánimo de Aranda; hay dos frases definitivas en su última y desesperada resistencia a que se continuase la guerra con Francia cuando Godoy, ya primer ministro, preparaba la imposible ofensiva de 1794. (Desde su cese, Aranda presidía el Consejo de Castilla). Por ellas, inmediata-

mente después de la lectura del memorial de Aranda dirigido a la Junta de Generales que ha convocado Godoy, será desterrado a la Alhambra de Granada y exonerado de todos sus cargos.

«¿Y sería por ventura prudente meternos a pelear contra los ardientes promotores de la libertad?»

«Es grande la diferencia entre los que pelean por una opinión que les tiene preocupados, y los que van a la guerra por sólo cumplir con la obligación de su oficio».

En definitiva, frente a los sentimientos de la mayoría de los españoles, Aranda se juega todo ante Carlos IV por afirmar que la guerra con Francia es injusta, impolítica, ruinosa, superior a nuestras fuerzas, y un grave riesgo para la Monarquía.

La política militar de Aranda —la neutralidad armada— no fue posible en 1794. No la deseaban ni el rey ni los españoles. Esta misma política volvería a ser intentada por Godoy cuando todos la deseaban; pero entonces tampoco sería posible. La iniciativa había pasado al Emperador de los franceses. Además, Godoy, temperamentamente, no podía sostenerse sobre el neutralismo. Lo identificaba con la pasividad.

El más genuino representante español de los militares de la Ilustración moriría en sus tierras de Epila (7 de enero de 1798), cuando España había recuperado la paz con Francia, pero no la neutralidad. Francia y España estaban en guerra contra Inglaterra.

3. GODOY.—LA PRIORIDAD DEL INTERVENCIONISMO

Sobre Godoy se han escrito ríos de tinta que vierten, unas veces en charcas inmundas, en las que no faltan improperios de orden personal y de orden político, y otras en desmedidos elogios, en los que se reivindica su capacidad de trabajo, su lealtad a los reyes, su habilidad diplomática y su fecundo apoyo al progreso de las ciencias y de las artes.

La crítica más reciente viene considerando a Godoy, en el marco de los gravísimos problemas con que hubo de enfrentarse, como un gobernante decidido y laborioso que cae arrastrado por la inevitable crisis del antiguo régimen. Esta crítica no omite las alusiones a su fácil subida al poder, a la manera con que lo ostentó y a su mal reprimida pasión de mandar: «esa pasión que incapacita al dictador

para distinguir entre su propio destino y el destino de la patria que rige a su albedrío» (Seco Serrano) (6).

Corona Baratech ha formulado una interesante observación que explica, en gran parte, la política militar de Godoy:

«El Gobierno del favorito, con sus afanes reformistas y con sus ambiciones, llega a presentar los atisbos de un prematuro «bonapartismo», prematuro, sin duda, y de vía estrecha, también, que está esperando todavía un estudio detenido» (7).

Inconsciente al principio, y más declarado después, hay en Godoy un deseo de emulación de los grandes capitanes de la historia, que tiene sucesivamente por modelos a Federico de Prusia y a Napoleón. El instrumento que Godoy maneja es el ejército de Carlos IV, al que reformará cuantas veces sea preciso para obtener de él las victorias militares a que se siente llamado. Sólo al final de su privanza sueña Godoy en hazañas navales, cuando nombrado almirante se esfuerza en deshacer las consecuencias de la batalla de Trafalgar.

La biografía política de Manuel Godoy debería titularse «La vocación guerrera del Príncipe de la Paz». El mayor error sería titularla de vocación militar. Ni por su formación, ni por su personal toma de conciencia del problema de la guerra a nivel de 1800, Godoy pasó de ser un voluntarioso guerrero a la antigua usanza, aunque se imaginara a sí mismo como conductor de operaciones y preparador de campañas de muy moderna contextura.

En Godoy hay una extraordinaria confianza en sí mismo, que en dos ocasiones se extiende al país entero. La primera, en 1792, cuando sustituye a Aranda como primer ministro (guerra contra la Revolución Francesa). La segunda, en 1801, cuando nombrado Generalísimo manda directamente las fuerzas militares contra Portugal. En ambas experiencias, Godoy queda advertido de que todavía no puede confiar en su ejército tanto como sus ambiciones reclaman. Pero, lejos de desilusionarse, Godoy elige el camino de la organización y de la instrucción. No obstante, también en esta postura, mucho más razonable que la de su instintivo belicismo, la prisa le traicionará. Godoy piensa, como guerrero, que no hay mejor preparación de la guerra que la guerra misma. La paz y la neutralidad le resultan, en este punto, paros forzosos que disuelven las virtudes de los soldados.

(6) *Godoy, el hombre y el político*. Carlos Seco Serrano.

(7) *Revolución y reacción en la España de Carlos IV*. Corona Baratech.

Godoy inicia constantemente guerras y hace verdaderos alardes de equilibrio por pararlas, cada vez que observa que no van a salirle todo lo bien que quiere. Cada tratado de paz es sólo una retirada estratégica para tramitar nuevas ofensivas. La vocación guerrera de Godoy resultó incontrolable para Carlos IV, a pesar de que cuando sólo contaba treinta años le colocó en su frente el poco animoso título de Príncipe de la Paz.

Godoy había iniciado su primer ministerio en plena euforia nacional contra la Revolución. Cuida todos los detalles para que Ricardos llegue victorioso a los últimos objetivos de la campaña del Rosellón. Cuando el signo de la guerra cambia, muerto Ricardos, Godoy movilizará a toda su diplomacia para que cesen unas hostilidades en las que ningún éxito espectacular es posible.

La paz de Basilea y el tratado de San Ildefonso, invierten las alianzas y suponen para España una nueva guerra contra Inglaterra. Godoy deja en manos de la Marina la conducción de unas operaciones en las que nada tiene que decir. En esta coyuntura, Carlos IV prescindirá de él. Le ve insistir demasiado en un rearme, al que se resisten los ministros ilustrados, por él mismo encumbrados (Saavedra y Jovellanos).

En 1800 Carlos IV rectificará respecto a Godoy. Viene por el horizonte una nueva guerra continental. No le nombrará secretario de Estado ni de Guerra, sino Generalísimo. Godoy va a recoger en la guerra de las naranjas, contra Portugal, los frutos de su corta meditación belicista con una victoria rápida y una paz oportunísima. A partir de entonces, Godoy, debió replegarse de nuevo a la reflexión y a su puesta al día como conductor de operaciones. Pero la pasión de mandar y los titubeos de Carlos IV, le elevaron de nuevo. Surge entonces el Godoy de las guerras chicas y de las maniobras diplomáticas de altos vuelos, que culminarían en 1803 con las notas dirigidas a Rusia, Prusia y Portugal para la organización de un bloque internacional neutro entre Inglaterra y Francia. Esta política de tercera fuerza, única que podía haber marginado a España de la hoguera napoleónica, no fue comprendida por las otras naciones, también esclavas de la prioridad del intervencionismo.

El propio Godoy no era hombre de neutralidades, sino hombre de actividades, que esperaba salir de todos los embrollos merced a acciones de guerra. La prioridad del intervencionismo sobre la neutralidad, desborda los tímidos intentos del pacífico rey por circunscribir a su favorito a tareas prebélicas. Godoy y las circunstancias juegan

siempre a que Carlos IV tenga que contar con él. Trafalgar (1805) y la proclama de 1806, convocando a todos los españoles a una verdadera cruzada de liberación, le llevan acorralado a Fontaineblau, infantilmente ilusionado con el principado de los Algarves. El doble título de Generalísimo-Almirante encubre el vacío de una personalidad solitaria que sucesivamente va perdiendo todos sus apoyos. Al final, en 1808, Carlos IV y Napoleón le rescatan de las iras populares, atizadas por la aristocracia ante la indiferencia de unos militares, que han perdido absolutamente la confianza que un día tuvieron en su decisión y en su tenacidad.

La crisis de la vocación guerrera de Godoy queda configurada en sus Memorias, escritas en París muchos años después. (Godoy murió octogenario. El Gobierno moderado de Pacheco le devolvió su título de Capitán general.) Las Memorias, justificativas como todas, son sinceras y expresan bien el drama del favorito. «Mis ideas se limitaban a prosperar en la milicia».

Godoy, nada más relevar al conde de Aranda, está orgulloso de que no hubiera necesidad de hacer sorteos para reclutar combatientes para la guerra contra la Convención. Se felicita de haber elegido bien a los grandes generales de mar y tierra. «Elegidos los jefes, no la Corte, en unión con el Gobierno y erigida una Junta bajo mi presidencia con el nombre de Consejo Militar Supremo, propusieron los planes».

En febrero de 1794, Godoy vuelve a convocar a los generales. Es entonces cuando Aranda, presidente del Consejo de Castilla, presentó el dictamen pacifista que tanto escandalizó a Carlos IV, y que Godoy aprovecha para desplazar totalmente al anciano general del caudillaje moral sobre los ejércitos.

Godoy, sin embargo, recogerá lo fundamental del dictamen del experimentado Aranda. Realmente hace lo que Aranda propuso, es decir, negociar la paz con diligencia.

A partir de la paz de Basilea, Godoy se muestra incansable reformador de las instituciones educativas del país y gran animador del proceso formativo de las unidades del ejército de tierra. Las presiones francesas contra Godoy hacen mella en el rey, que puede prescindir de él porque no ve en el horizonte presagios de guerra. Es la primera caída de Godoy, suave y transitoria. Gobiernan Saavedra y Jovellanos en la misma dirección que había imprimido Godoy, pero con clara intencionalidad pacifista. Esta primera caída tiene sin embargo un tremendo significado en la conciencia de Godoy.

La vocación guerrera de Godoy, es decir, su ansia por justificar con resonantes victorias los ascensos militares que obtuvo por otras vías, había captado en la guerra con Francia la crisis de formación castrense del ejército español de finales del siglo XVIII. Con prisa, y sin pausa, se había ocupado de resolver por su base la crisis de la Caballería (recuérdese la predilección de Floridablanca por la infantería veterana y el apego del conde de Aranda a las escuelas de matemáticas de artillería o ingenieros, y obsérvese el nuevo espíritu ofensivo que introduce Godoy). «El proyecto de una escuela fundamental y normal de Veterinaria abrióse, siendo yo ministro, el 18 de octubre de 1793..., una parte para individuos del ejército y otra para paisanos de todas las provincias».

La vertebración del ejército por Godoy no desdeña otros caminos minoritarios. «Mía fue la fundación del ilustre Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos del Estado. La erección y ordenanzas de este cuerpo militar-científico son de 19 de agosto de 1796». Sus esfuerzos en pro de los estudios de ciencias militares y materias de guerra fueron notables. Se divulgaron las mejores obras de Montecucoli, de Vauban y de Granmaison (*Tratado del servicio de las tropas ligeras y guerrillas*). Esta obra fue reimpressa en 1794 para uso de los mandos de los ejércitos del Pirineo. Se prolonga la atención a Federico II (Colección de sus guerras y planes, mandada traducir del alemán). Se estimulan obras de autor español, preferentemente enfocadas a la moral militar de la juventud (ética del honor).

Godoy estaba especialmente satisfecho con el tratado de artillería volante que le dedicó don Clemente Peñalosa. «La brillante campaña que hicieron nuestras tropas aquel año a orillas del Fluviá, se debió en mucha parte a la artillería de a caballo».

Todo su primer ministerio se ocupó realmente en un rearme intensivo. No se dieron bajas a las fuerzas armadas; no cesaron los reemplazos; se conservaron los regimientos nuevos aun después de la paz, y se crearon otros. «Yo intenté reunir a las fuerzas y formar un campo de instrucción, prontas siempre a acudir donde las circunstancias les llamasen. Estas reuniones militares que debían mantener la disciplina, la moral y el entusiasmo del ejército, hicieron creer al rey mis enemigos que eran peligrosas». Godoy sería detenido por el rey en esta línea belicista.

El punto crítico del espectacular frenazo lo constituye la discusión de Godoy con el ministro de Hacienda, en presencia del rey. «Para disminuir los apuros de la Hacienda, indicó Saavedra la espe-

cie de licenciar una parte de las tropas. Yo me opuse... Sean nuestros sacrificios los que fueren, necesitamos contar con un ejército bien completo, bien aguerrido y bien dispuesto a todo trance; mantener nuestras tropas en constantes fatigas militares y formar campos de instrucción con las que están ociosas. Yo seguía, pero el rey me interrumpió diciendo: «No, los campos de instrucción no convienen de ningún modo». Después, el mismo día, pedí al rey con instancias vivas mi retiro» (8).

Desde aquel día, nuestro presunto Bonaparte no es, ni siquiera, un presunto Carnot. Su reaparición como Generalísimo será pura apariencia de poder, porque no será, digan lo que digan sus numerosos enemigos, dueño de los resortes del mando.

4. LA DESCOMPOSICIÓN DE LA ESTRUCTURA MILITAR DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Tres políticas de guerra, gravemente antagónicas entre sí, desfilaron ante la mirada atónita del pacífico Carlos IV, sin que durante el tránsito del primero al segundo período de influencia godoyista (recluido Floridablanca, desterrado y muerto Aranda, prisionero Jovellanos y apartado Godoy) se serenaran los ánimos y se diera pie a los nuevos ministros Saavedra, Urquijo y Caballero, para que alumbraran una política militar coherente.

La crisis es especialmente grave en torno a la Marina. Los relevos de mando contribuyeron a producir un desconcierto desconocido desde los tiempos del marqués de la Ensenada. La desgracia de Fernández de Córdoba en el cabo San Vicente, la resistencia de Mazarredo a Napoleón y la transigencia de Gravina ante Villeneuve, dieron al traste con el prestigio de nuestros marinos. Después de Trafalgar, Godoy unirá a sus muchos cargos el de Almirante.

Desde la muerte de Carlos III ni Floridablanca, ni Aranda, ni Godoy, habían considerado necesario insistir en la modernización de la Armada; los tres ministros se habían dormido sobre laureles preteritos. Godoy juzga suficiente el estado de la Armada, tanto para presionar sobre Francia, en alianza imposible con Inglaterra, como para disputar a Inglaterra el dominio de los mares, en alianza inevitable con Francia.

(8) *Memorias del Príncipe de la Paz*, pág. 240, tomo I.

En las guerras contra Inglaterra y en la campaña de Portugal, Godoy lo fía todo a la moral de los combatientes y a su propia capacidad para dirigir las hostilidades. Como siempre, descubre en los primeros encuentros que las cosas no van bien, para concluir que un breve período de instrucción militar será suficiente para enderezarlas. Sus cambios de argumentación supusieron para los mandos terrestres y navales una invitación a la pasividad. Bastaba esperar unos meses para que las consignas del favorito pasaran de la arenga a la pacificación; de la confianza en comportamientos heroicos a la recomendación del estudio; del canto a la amistad con Francia, a las más terribles acusaciones contra el país vecino.

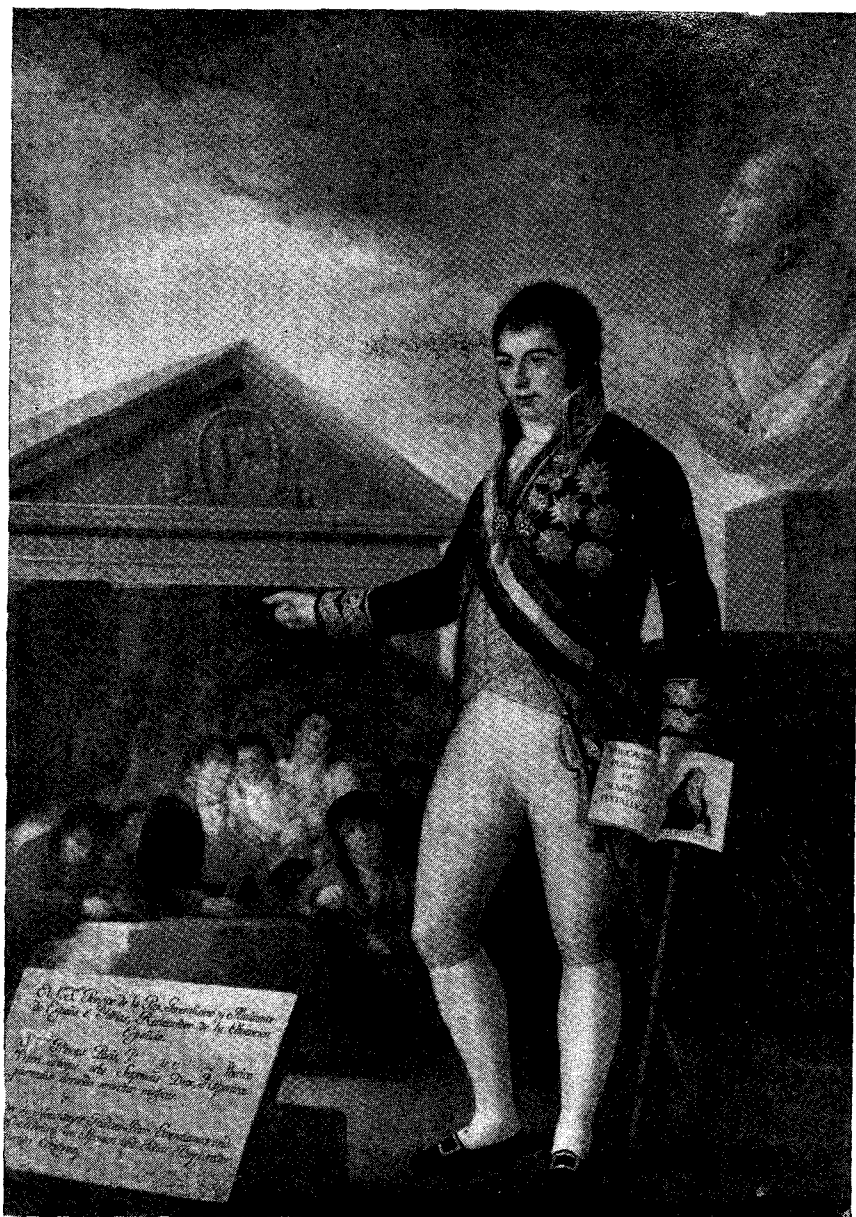
Ni el Ejército ni la Marina acertaron a atemperarse a la dinámica sucesión de actitudes del Generalísimo-Almirante. Hacia 1805 han crecido desmesuradamente en el seno de las fuerzas las resistencias pasivas a las órdenes de un hombre que no ocupa ni la Secretaría de Guerra ni la de Estado, pero que las dirige.

Este divorcio había de ser fatal en marzo de 1808 —Motín de Aranjuez— tanto para el favorito como para las fuerzas armadas. En virtud del Tratado de Fontainebleau, nuestras guarniciones fueron obligadas a compartir con los franceses las plazas fuertes del Pirineo. Las intrigas palaciegas del príncipe heredero, pletóricas de conexiones suicidas con ingleses y franceses, apuntan cada día más al destronamiento de Carlos IV. Las fuerzas armadas españolas se verían implicadas en un espantoso conflicto de lealtades en la misma jornada en que pierden al rey y a su Generalísimo-Almirante, mientras el pueblo duda entre recibir entusiásticamente a los franceses o sublevarse contra toda autoridad.

La situación más dramática se dará en Cádiz, la ciudad que no ha olvidado la herida de Trafalgar ni ha sacado del puerto a los buques franceses porque en el horizonte hace guardia permanente la escuadra inglesa. En Cádiz reside el Capitán general de Andalucía, general Solano, marqués del Socorro, quizá el militar más brillante de la nueva generación, reiteradas veces propulsor cerca de Godoy de una política de independencia frente a Bonaparte. Como casi todos los capitanes generales, a partir del 2 de mayo de 1808, Solano siente que el pueblo le presiona y que no le consiente gestos conciliadores de ningún signo. De la capital no llega ni una sola consigna. Nadie manda en Madrid digno de la confianza de los mandos militares españoles. Solano terminará horriblemente asesinado por las turbas. Su sucesor, Tomás Morla, se decidirá por el acatamiento de José I, a



Grabado del Conde de Aranda, que se encuentra en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, Madrid.



Retrato de don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, en el apogeo de su privanza, de autor anónimo y propiedad de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

partir de la entrada de Napoleón a Madrid, tras haber simbolizado la protesta.

Corona Baratech ha aportado al conocimiento histórico documentos demostrativos de cómo numerosos jefes y oficiales que en plena crisis de 1808 habían manifestado deseos de un cambio de dinastía, benevolentes con la familia Bonaparte, terminan formando parte de las Juntas Provinciales que desbordaron la tradicional autoridad de los capitanes generales. Las paradojas de cualquier situación revolucionaria se cebaron con especial ferocidad en la estructura militar del Antiguo Régimen.

Y es que a partir del 19 de marzo de 1808 la nación española se había quedado sin Estado. Todos los españoles, los afrancesados de espíritu, los anglófilos, los aristócratas, los burgueses, los campesinos y los clérigos llegan, antes que a una solución positiva, como luego fue la guerra de la Independencia, a una actitud negativa y poco razonable en sí misma. Todos creen que España se salvará si se evita la vuelta de Godoy y de los godoyistas, es decir, de sus generales.

Todos los errores, todas las imprudencias, todas las traiciones luchan por volcarse sobre las culpas de Godoy, porque se sabe que el primer pensamiento de Napoleón fue restaurar en el trono a Carlos IV y en el poder a Godoy. El gesto rebelde de Fernando VII al establecerse en Madrid y el gesto sumiso de encaminarse a Bayona, casi inmediatamente después, terminaron de exasperar a los españoles. La solución tenían que conquistarla a mano armada.

¿Qué quedaba del admirable dinamismo con que Godoy había resuelto la campaña de Portugal de 1801, sin dar tiempo a que los soldados franceses atravesaran el Pirineo y sin permitir que el general Saint-Cyr, embajador extraordinario, tomara el mando del Ejército conjunto como deseaba Napoleón? Aquella guerra y la paz consiguiente fueron la obra maestra de Godoy, que inmediatamente aprovechó para interesar a Carlos IV en la política militar que Saavedra, Jovellanos, Urquijo y Caballero, habían desconsiderado durante su retiro (1798-1800).

De la visita de Carlos IV al Ejército en Badajoz arranca la creación, con una permanencia más allá de las hostilidades, de equipos de estudio formados por militares selectos. Estos equipos o Juntas son el primer antecedente serio de un Estado Mayor de operaciones, que en torno a la faja azul del Generalísimo acampó junto a él durante la guerra de las naranjas.

La política del Generalísimo, siempre discutida por el resto de los gobernantes de Carlos IV, exigía una mayor centralización del poder militar. No se daba Godoy por satisfecho con haber aumentado las pagas. Fomentó, especialmente, la reglamentación táctica de todas las Unidades. Se preocupó de los programas de enseñanza militar y de la justicia en los exámenes de los cadetes y de caballeros pajes. Esta política desembocó naturalmente en su nombramiento como Generalísimo-Almirante, que ningún otro militar deseó para sí hasta marzo de 1808, cuando Fernando VII ofreció algo similar al duque del Infantado.

En cuanto sospechó Godoy que sus previsiones habían logrado poner a punto a los Ejércitos españoles, volvió a despertársele la vocación guerrera. Su espíritu intervencionista buscó un objetivo pero, a su juicio, poco comprometedor. «La guerra con Marruecos nos ofrecía un pretexto para aumentar nuestros Ejércitos sin que Napoleón recelase de nosotros. El empleo de nuestras fuerzas, lejos de alarmar a los ingleses, les debía mostrar patentemente que España estaba lejos de ocuparse de Francia en contra de ellos». Pero no contaba con el pacífico Carlos IV. «Cuando llegué a ésto noté en Su Majestad una señal como de horror». Todas las gestiones de Francisco Badía Lebrich (Alí Bey el Abbassi) cerca de Marruecos se derrumbaron con este gesto del monarca (9).

En la guerra contra Inglaterra, que condujo a Trafalgar, Godoy había pecado de la misma ingenuidad que en las campañas del Rosellón. Se erigió en director de la política naval; bien asesorado de consejeros de la Armada, ofreció el máximo de medios disponibles y estimuló eufóricamente el entusiasmo de la marinería. Lo que no hizo fue tomar conciencia de las dificultades. Por eso, después de la batalla hubo de comportarse generosamente con cuantos se hallaron en el combate; abrió suscripciones a favor de los huérfanos y fomentó el que Cuerpos enteros del Ejército de tierra aportaran donativos de sus pagas en beneficio de las víctimas.

En Godoy rebrota siempre el guerrero primitivo. Nunca acaba por nacer el militar moderno. Encaja Godoy bien los golpes sin darse por vencido. «Era forzoso, en tales circunstancias, crear recursos nuevos a la Marina Real y plantear en todas partes... un sistema bien concertado de guerra defensiva, que poniendo del todo a salvo nuestras Indias, ayudase también a sostener cumplidamente nuestras expedi-

(9) *Memorias del Príncipe de la Paz*, tomo II, pág. 29 y siguientes.

ciones comerciales». Esta frase no pasa de ser un paréntesis forzado. El Generalísimo-Almirante sigue soñando en brillantes hazañas. Cada vez se separa más de la realidad.

Cuando rememore la crisis de 1806, escribirá en sus Memorias: «Lo que me dio más inquietud acerca de ésto fue el observar que Bonaparte, sabiendo bien que nos hallábamos con fuerzas militares muy sobradas para cualquier empresa, no nos pidiese entonces que fuesen empleadas en obligar a Portugal a renunciar a la Inglaterra y a entrar en su sistema» (10).

Lo notable es que ese mismo año, cuando había dado a los españoles la impresión de que aspiraba a ser tanto un general victorioso como el señor soberano de los Algarbes, dentro del sistema político bonapartista, hace alardes de querer una guerra nacional contra el emperador en su proclama del 6 de octubre. «Venid a mí, pues, mis amados compatriotas, venid a alistaros en las banderas del más benéfico de los reyes: yo os recibiré con la más viva gratitud y yo os prometo a todos recompensas, si el Dios de nuestros padres nos concede con la victoria una paz feliz y duradera, solamente objeto de mis votos» (11).

Desde entonces Godoy, que tuvo que soportar la protesta de Napoleón, vivió atrapado por su propia red. Su manía intervencionista iría descomponiendo a un ritmo creciente esa misma estructura militar que tanto había fomentado.

De la crisis de 1808 no sería Godoy el único responsable. Pero es justo decir que sus ambigüedades dejaron totalmente desconcertados a los mandos militares. Lo que pudo ser el primer plan de modernización de las fuerzas armadas españolas, terminó en una incontenible crisis militar. Lo que verdaderamente lograron con sus antagonismos los ministros de Carlos IV frente a la Revolución francesa fue, entre otras cosas no menos graves, la descomposición militar del Antiguo Régimen.

(10) *Memorias del Príncipe de la Paz*, tomo II, pág. 101.

(11) *Memorias del Príncipe de la Paz*, apéndice IV, tomo II.